

# EL RESURGIMIENTO DEL CARISMA

Fidel Canelón F \*

## Resumen

Se examina la reaparición de liderazgos carismáticos, sus rasgos y causas; el concepto de carisma de Max Weber, y los otros tipos de dominación modelados por él. Se parte de su idea clave de que las figuras carismáticas surgen en situaciones de urgencia o de crisis extraordinarias, para establecer vínculos con el concepto de cesarismo desarrollado por Gramsci. Se aborda la idea de que la crisis está instalada en el mundo político y social contemporáneo y que Weber avizoró varios de sus elementos determinantes: el dominio de la jaula de hierro y de la racionalidad instrumental, las contradicciones del estado-nación y el resurgimiento de las identidades culturales y religiosas. La globalización implicaría un terreno fértil para la aparición de personalidades carismáticas de diversa índole, que se sintetizarían en tres tipos de figuras: la religiosa, la guerrera, y el demagogo. El trabajo se concentra en las dos últimas, por estar estrechamente asociadas con la dominación autoritativa.

**Palabras clave:** carisma, cesarismo, tradición, racionalidad instrumental, profeta, guerrero, retórico.

## CHARISMA REBIRTH

**Abstract:** The reappearance of charismatic leadership, its features and causes; Max Weber's concept of charisma, and the other types of domination developed by him are examined. The beginning is his key idea about the charismatic figures emerging in urgency or extraordinary crisis situations, to establish links with the concept of cesarism developed by Gramsci. The idea that the crisis belongs to the political world and social contemporary and that Weber previewed some of his determining elements is studied: the domain of the iron cage and the instrumental rationality, the contradictions of the state-nation and the rebirth of the cultural and religious identities. The globalization would implicate a fertile land for the appearance of charismatic personalities of diverse types, that would be synthesized in three types of figures: the religious, the warrior, and the demagogue. The paper focuses on the two last, for being strongly related to the authoritarian domination.

**Key words:** charisma, Cesarism, tradition, instrumental rationality, prophet, warrior, rhetoric.

### 1. Introducción. El asunto:

Los últimos años son testigos del resurgimiento de liderazgos carismáticos en muchas partes del mundo. En el ámbito de lo político, lo social, lo religioso y lo cultural han surgido figuras atractivas, poseedoras de un hábito especial que los hace arrastrar multitudes o sociedades enteras tras sus pasos. No en balde, Peter Drucker, uno de los grandes gurús de la gerencia y de la economía en el siglo XX, advertía en uno de sus textos, a finales de los 80, que

había que tener cuidado con la emergencia de gobernantes carismáticos, convencido de la ineficacia y de los despropósitos de éstos (Drucker, 1989). Frente a la carga emotiva de los líderes carismáticos como Mao, Krutchev, Kennedy (le agregaríamos ahora: los Castro, los Arafat, los Clinton y los Chávez) Drucker antepone, no sin poco sesgo, su preferencia por los líderes grises pero aparentemente más técnicos y eficaces como Adenauer, y más recientemente, los Bush, los Kohl y los Miterrand.

Pero no sólo en el plano político estamos presenciando la revancha del carisma. En el plano religioso están a la orden del día profetas e iluminados que han creado nuevos movimientos o han quebrado los

rígidos esquemas de las viejas religiones. Los Grahan, los Moon, los integristas islámicos como Bin Laden, entre otros tantos, no sólo están impulsando con un vigor inusitado por todo el mundo prácticas, creencias y valores – novísimas algunas, inmemoriales otras- sino que con frecuencia producen verdaderas conmociones sociales y políticas tanto en el plano nacional como en el plano regional e internacional.

En este trabajo nos planteamos examinar esta revitalización del carisma partiendo de los presupuestos elaborados por Max Weber sobre el tipo ideal carismático. Estimamos que los conceptos weberianos en este punto encierran una riqueza descriptiva y comprensiva inmensa que no ha sido explotada suficientemente. Para este propósito, estableceremos una relación entre las condiciones en las que surge el tipo ideal carismático y sus rasgos, según Weber, y algunas de las transformaciones que ocurren en el mundo en las dos últimas décadas, como la globalización económica, el debilitamiento de los Estados-naciones y el resurgimiento de las identidades nacionales y culturales, entre otras.

## 2. Las condiciones que propician el carisma

En *Economía y Sociedad* Weber aduce que el carisma es «la cualidad, que pasa por extraordinaria (condicionada mágicamente en su origen, lo mismo si se trata de profetas que de hechiceros, árbitros, jefes de cacería o caudillos militares), de una personalidad, por cuya virtud se considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas –o por lo menos específicamente extracotidianas y no asequibles a cualquier otro-, o como enviados de dios, o como ejemplar y, en consecuencia, como jefe, caudillo, guía o líder». (Weber, 1994: 193).

Como se puede observar, la noción de carisma weberiana es sumamente amplia, si considera-

mos que existe una extensa gama de personas que poseen cualidades extraordinarias, o que pueden realizar actividades que con frecuencia son catalogadas como sobrehumanas o no asequibles a cualquier otro. No en balde menciona ejemplos tan dispares como un hechicero, un jefe de cacería o un caudillo militar. De hecho, dentro de esta condición carismática pueden entrar perfectamente desde un artista (pintor, literato, arquitecto) que impresione por sus creaciones, como un deportista que cause asombro con sus hazañas y victorias. Las historias de los pueblos, ciertamente, están llenas de héroes culturales y deportivos, que con frecuencia pasan a formar parte de la mitología popular. En la actualidad, destacados intelectuales, deportistas y personajes del show-business se convierten en figuras carismáticas, en buena medida con el apoyo de los mass-media.

Pero no es, obviamente, de estas últimas figuras carismáticas de las que se ocupa Weber. El interés del sociólogo alemán se dirige al estudio del carisma asociado a lo que él denomina procesos de dominación autoritativa (esto es, políticos) de una sociedad, aquellos en los cuales está de por medio el ejercicio de la autoridad del Estado mediante la utilización eventual de la fuerza física. En este sentido, es notorio como su estudio sobre el tipo ideal de dominación carismática se concentra prácticamente en dos clases de figuras: la del religioso-mago en sus distintas acepciones (hechicero, chamán, profeta, etc) y la del caudillo guerrero. Son los dos prototipos por excelencia de la dominación carismática pura, que se oponen tajantemente a sus congéneres o semejantes de los otros tipos de dominación. En efecto, el religioso-mago se diferencia notoriamente del sacerdote o monje en que mientras él es un poseso, capaz de hacer milagros e incluso de comunicarse con los dioses, este último es más bien un administrador del culto, que se identifica con

las lógicas de la dominación racional (sometimiento a rigurosa disciplina, planificación, etc) o de la dominación tradicional (preservación de ritos y costumbres, etc). Por su parte, el caudillo-guerrero se contrapone claramente a la figura del gobernante-funcionario, ya que es un héroe que realiza hazañas militares y que tiende a subvertir el orden, mientras que el segundo trata de preservarlo, utilizando también las lógicas de la dominación racional (burocracia, leyes) o tradicional (lazos estamentales, linajes, etc).

En todo caso, para los objetivos de este trabajo es imprescindible que expliquemos cuáles son las condiciones que posibilitan o favorecen el surgimiento de cualquiera de estos dos modelos de liderazgos carismáticos: según Weber, estas figuras surgen en condiciones de urgencia o de crisis extraordinarias, donde se ponen en cuestionamiento las variables principales del orden dominante (Weber, 1994: 853). Esto nos remite, por ejemplo, a situaciones vividas por muchas sociedades por catástrofes naturales, o por agudos problemas sociales o políticos, o por situaciones de guerra, ya sea doméstica o internacional. Poco importa aquí qué tan primitiva o moderna sea la sociedad. Es, en estas condiciones, donde el profeta o héroe insurge y logra el reconocimiento de los dominados, quienes «constatan» sus cualidades divinas o sobrehumanas, legitimando así su dominio.

La verdad es que Weber, pese a ilustrar este tipo ideal con profusión de casos históricos, no llega a establecer una caracterización sistemática de estas condiciones de crisis o urgencia, aunque advierte que van acompañadas por la existencia de un estado de *excitabilidad* (cursivas nuestras) de las masas o dominados, que propicia la aclamación del líder. En ningún momento –y esto lo podemos catalogar como una ausencia sensible- llegar a explicar cómo es o cómo se manifiesta esa excitabili-

dad que, al parecer, es el «percutor» último del liderazgo carismático.

### 2.1. Weber gramsciano. Gramsci weberiano

Pero en nuestro criterio hay un enorme parecido entre las condiciones de urgencia o catástrofe que menciona Weber y los rasgos que caracterizan lo que otros autores denominan cesarismo o bonapartismo. No en balde, como veremos más adelante, en los textos y artículos que escribe antes de morir - en plena crisis alemana que dará nacimiento a la República de Weimar- al invocar la figura de un líder carismático lo justifica diciendo que las democracias de masas tienden a dar un giro cesarístico. Leamos lo que dice en *Parlamento y gobierno en una Alemania reorganizada*: «Esto significa, atendiendo a la naturaleza de este fenómeno, un giro cesarístico en la selección de los líderes. Y, en realidad, todas las democracias tienden a eso. El instrumento específicamente cesarístico es el plebiscito. Este no es una 'votación' o una 'elección usual', sino una profesión de 'fe' en la vocación del líder, que asume para sí esta aclamación» (Weber, 1994: 232).

A este respecto hay que señalar la gran similitud que hay entre la dominación carismática y la definición que hace Gramsci del cesarismo en sus *Cuadernos de la Cárcel*: «Pero si bien el cesarismo expresa siempre la solución 'arbitraria' confiada a una gran personalidad, de una situación histórico-político caracterizada por un equilibrio de fuerzas de perspectiva catastrófica, no siempre tiene el mismo significado histórico» (Gramsci, 1975: 85). A grandes rasgos, Gramsci considera que todo cesarismo corresponde a un conjunto de circunstancias sociales, económicas y políticas concretas, que dan como resultado que ninguna de dos grandes fuerzas sociales (o alianzas de fuerzas sociales) enfrentadas por el poder puede establecer su dominio, lo

que lleva al surgimiento de una tercera fuerza (un líder heroico) que se impone autocráticamente.

La diferencia entre Weber y Gramsci estaría, básicamente, en que el primero hace énfasis en el aspecto cultural-antropológico y psicológico del fenómeno, mientras que Gramsci, como buen materialista, hace énfasis en su aspecto económico y social. Esto se ve más claro cuando observamos que para Gramsci se pueden dar soluciones cesaristas sin un César, es decir, sin ninguna personalidad heroica de por medio (Gramsci, 1975: 85). En estos casos, el cesarismo se manifestaría en la forma de coaliciones de gobierno más o menos dinámicas, que fructifican especialmente en sistemas parlamentarios. Por lo tanto, para él la aparición del carisma es sólo una posibilidad entre otras que pueden ocurrir en situaciones catalogables de urgentes o cesaristas. Y si bien es cierto que Weber en ningún momento llega a decir explícitamente que el carisma es la única salida posible a una situación de crisis, del espíritu de su análisis sí está claro que hay una asociación determinante entre el surgimiento de liderazgos carismáticos y las situaciones urgentes o extraordinarias.

Pese a esto, Gramsci en varios pasajes de sus escritos reconoció la importancia del descubrimiento del carisma por parte de Weber; e incluso, en nuestra opinión, realiza una interpretación que arroja luces acerca de lo que es ese estado de *excitabilidad* a la que se refiere Weber cuando, citando a su vez a Saint-Simon, recuerda que éste le decía a sus discípulos en su lecho de muerte que ser apasionados significa tener el don de apasionar a los demás (Gramsci 1975: 127). En otras palabras, pareciera que Gramsci percibió que la *excitabilidad* es un estado propiciado por el propio líder carismático con su pasión y fogosidad, más que un «clima» previamente existente sobre el cual se apoyaría el mismo: «Ser apasionados significa tener

*el don de apasionar a los demás. Es un estímulo formidable. Esta es la ventaja de los partidos carismáticos sobre los otros, basados en un programa bien definido y en los intereses de clase»* (Gramsci 1975:127).

En este pasaje se revela, nuevamente, las distintas perspectivas epistemológicas y teóricas que tienen Gramsci y Weber. Mientras para el marxista italiano el líder carismático es quien crea, con su prédica y su pasión, el estado de excitabilidad de las masas (reaparece aquí en cierta forma la figura del agitador leninista) para el sociólogo alemán esto a lo sumo es un componente de ese cuadro pero no lo más importante. Para el sociólogo alemán lo decisivo, definitivamente, es que hay una predisposición natural de las masas a esa excitabilidad; predisposición que estaba dormida, posiblemente por años o por siglos, pero que en determinadas circunstancias históricas puede activarse, manifestándose en el reconocimiento de las cualidades sobrenaturales o sobrehumanas de un líder o un profeta. El carisma, por consiguiente, es una cualidad que logra fructificar porque existen mitos, creencias y manifestaciones de fe arraigadas en las personas, que con frecuencia terminan siendo en muchas sociedades -antiguas o modernas- decisivas en la configuración de las relaciones de poder.

Se puede decir, en fin, que mientras para Weber la acción social se manifiesta con frecuencia en términos afectivos y emotivos, para Gramsci la afectividad y emotividad son sólo aspectos adjetivos pero no sustantivos que acompañan a los procesos socio-políticos.

### 3. El carisma y el quiebre de la modernidad

Los vigorosos brotes del carisma de los tiempos recientes están estrechamente relacionados, a nuestro entender, con las transformaciones que dan forma al mundo posmoderno: cuestionamiento a la

racionalidad instrumental y a la ciencia como operadores de la acción de los hombres y de las sociedades; reivindicación en muchos pueblos y naciones de las identidades culturales y religiosas milenarias; decadencia de los grandes metarelatos; crítica a la visión lineal y progresiva de la historia; crisis de los sujetos clásicos de la modernidad y surgimiento de los nuevos sujetos sociales, entre otros. Estrechamente relacionado a estos fenómenos (o concomitante a ellos): el proceso de globalización, que ha tenido profundas consecuencias culturales, políticas, económicas y sociales en las dos últimas décadas.

No nos interesa en este análisis explicar cada una de los anteriores fenómenos, sobre los cuales hay abundantes e importantes estudios, algunos de ellos encontrados: Lyotard, Baudrillard, Vattimo, Maffesoli, Debray, Huntington, Lipovetski, Laclau, entre muchos otros, han hecho aportes capitales en estas temáticas. Pero sí nos interesa revelar —aunque sea grosso modo— la estrecha vinculación que hay entre los estudios weberianos y esas temáticas.

Consideramos, de hecho, que el concepto de carisma es uno los aspectos primordiales a través de los cuales Weber critica el esquema del proyecto moderno de la Ilustración —como bien lo ha desarrollado Habermas— y pavimenta el camino —o los caminos— para la superación de la misma. El carisma siempre estuvo «ahí», pero los derrotados de la Ilustración y luego el positivismo prácticamente marginaron la emotividad, el sentimiento, el mito, la voluntad y la fe —que es a lo que se refiere el carisma— de los estudios de los fenómenos políticos y sociales. Al restituir su valor, Weber está desarrollando la línea que autores como Nietzsche y Sorel habían emprendido, creando particularmente instrumentos utilísimos para la investigación social.

Por eso, en lo que sigue, recrearemos los caminos a través de los

cuales Weber llegó a concebir ese quiebre de la modernidad, haciendo referencia especialmente a tres temáticas: en primer lugar (obviamente) la crítica a la burocracia y la exaltación del caudillo, en segunda instancia, la crisis de la idea del Estado-nación, y finalmente, el interés por las religiones.

### 3.1. Crítica a la burocracia y exaltación del caudillo carismático

Resalta como un rasgo notorio de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX la consolidación y progresiva extensión por los distintos países del mundo del fenómeno de la burocracia, que sería analizado por Weber como uno de las tres tipos ideales de dominación. De hecho, en un viaje que realizó a Estados Unidos en 1904 para participar en un congreso científico internacional, Weber quedó muy impresionado por el «*papel de las sectas protestantes en la sociedad norteamericana y por el creciente proceso de burocratización de los Estados Unidos, así como por la 'maquinaria' de su organización política.*» (Weber, 1991:8). No es mera casualidad que sus trabajos sobre los tipos de dominación, recogidos en *Economía y Sociedad* son, al menos algunos de ellos, de una fecha inmediatamente posterior a este viaje.

Claro, la burocracia es un fenómeno antiguo, pero en su versión racional-legal, como el mismo autor alemán explica, está asociada fundamentalmente con la moderna sociedad industrial, donde la producción sistemática y exponencial de riquezas se convierte en el *telos* principal de la sociedad y exige una administración metódica y científica del trabajo y de los asuntos sociales en general. Para más señas, hay que traer a la memoria que Alemania tuvo un papel muy importante en la consolidación y extensión de la burocracia estatal a finales del siglo XIX, ya que fue precisamente Bismarck quien adelantó los primeros programas sociales de empleo y salud, entre otras razones, como una forma de evitar que su

país fuera «contaminado» por la fiebre revolucionaria que se había desatado en la vecina Francia a raíz de los sucesos de la Comuna de París en 1871. Weber, por lo tanto, vivió y conoció con sus ojos el proceso de consolidación y apogeo de la burocracia como tipo «puro» de dominación. Es, llamémoslo así, la *época de oro* de la burocracia, que se extendió al menos hasta mediados o finales del siglo XX, cuando empieza a ser crecientemente cuestionada.

Pero lo que queremos resaltar aquí es que Weber no se limitó a realizar un estudio exhaustivamente «aséptico» de la burocracia racional-legal como forma de dominación predominante en la época moderna, sino que fue quizás su primer gran crítico, en la medida que previó las negativas consecuencias que ocasionaba para la libertad de las personas. Efectivamente, para él, el dominio de la clase de los funcionarios del Estado terminaría asfixiando las posibilidades de expresión y creación individual, incluido aquí el terreno político: «*La democracia, al igual que el Estado absoluto, elimina la administración llevada por notables feudales o patrimonialistas o patrios u otros notables honoríficos o que detengan el cargo por herencia a favor de los funcionarios. Funcionarios que deciden sobre nuestras necesidades diarias, sobre nuestras inquietudes cotidianas.*» (Weber, 1991: 127).

Nuestro autor, por lo tanto, lleva al plano de la crítica sociológica y política específica lo que filosóficamente había expresado Nietzsche cuando describía al Estado como «el más frío de los monstruos fríos» en *Así habló Zaratustra*. Podría decirse que estaba intuyendo las posibilidades totalitarias de la burocracia moderna (que más tarde tomaría cuerpo en su patria y en Italia) y es notable como los autores de la Escuela de Frankfurt, como Marcuse y Fromm, lo siguieron y desarrollaron en este punto.

Frente a este escenario, Weber desarrollará la tesis de la conveniencia de una democracia plebiscitaria encabezada por un caudillo carismático, al menos como salida para la situación de la Alemania de su época. Según sus escritos de los años 1917 y 1918, cuando el orden imperial vivía en Alemania una profunda crisis, la única posibilidad de escapar del asfixiante régimen político de funcionarios que dejó Bismarck como legado, y que el emperador Guillermo II preservaba, era a través de la imposición de un liderazgo político genuino y carismático que se ganara la confianza de las masas y rompiera con el caduco orden, pero preservando la democracia parlamentaria.

La razón por la que llegó a esta conclusión era sencillamente que su país vivía en condiciones propias del cesarismo: ni la clase aristocrática –protegida por el emperador y tutora del orden político– ni la burguesía ni la clase obrera –ambas inmaduras desde el punto de vista de la organización y la conciencia política– podían inclinar la balanza a su favor e imponer un proyecto político nacional. Había, por consiguiente, la clásica situación de un equilibrio de fuerzas en un escenario de alta conflictividad, según la descripción hecha por Gramsci del cesarismo (este Weber del 17 y el 18, por consiguiente, tiene afinidades gramscianas). Sólo un líder enérgico y carismático podía resolver esta situación.

Es importante resaltar que el cesarismo democrático –o la demagogia de masas, como también la llamará– era para nuestro autor, no obstante, una tendencia natural e inevitable tanto en las democracias antiguas (donde los caudillos como Pericles posibilitaban el consenso social) como en las democracias modernas. Así dice en la ya citada *Parlamento y gobierno en una Alemania reorganizada*: «La significación de la democratización activa de masas es que un líder político ya no es nombra-

*do candidato sobre la base del reconocimiento de sus méritos en el círculo de un grupo de notables, convirtiéndose en líder por su actuación parlamentaria, sino que obtiene la confianza y la fe de las mismas, y por tanto su poder, con los medios de una demagogia de masas. Esto significa, atendiendo a la naturaleza de este fenómeno, un giro cesarístico en la selección de los líderes. Y, en realidad, todas las democracias tienden a eso»* (Weber, 1991:232).

Lo que debe destacarse aquí es que para Weber la condición mágica o divina de algunos líderes podía ser, ni más ni menos, de una utilidad inestimable en determinadas situaciones políticas o en determinados regímenes políticos, incluso el democrático; o más aún, que era un requisito *sine qua non* para el orden político moderno, en pleno apogeo de la ciencia y de la racionalidad del orden productivo y administrativo, entre otras cosas, porque evitaba erosión de la legitimidad a la que tendían los órdenes burocráticos tanto estatales como partidistas, debido a la dictadura y a la falta de miras y de proyectos políticos de la clase de los funcionarios tanto estatales como partidistas.

### 3.2. La idea del Estado-nación

Otro aspecto donde Weber se desmarca de su época y se adelanta a las recientes transformaciones del mundo posmoderno y globalizado, es cuando analiza los conceptos de estado y nación. Aunque no utiliza explícitamente el término Estado-nación, es claro que en *Economía y sociedad* se propone esclarecerlo y desmitificarlo de connotaciones que no considera exactas. Por eso realiza una distinción entre lo que es una comunidad política –y su manifestación más destacada: el Estado– y otro tipo de comunidades, como la comunidad que llamamos «nación».

Para Weber una *comunidad política* es aquella donde los participantes se reservan la dominación de un ámbito territorial de-

terminado y de los hombres que en él viven, haciendo eventualmente uso de la violencia física. El Estado, por su parte, es un tipo particular de comunidad política, su forma más desarrollada, que está asociado a la aparición y ampliación del mercado, cuando aparecen, paralelamente: «...1) la monopolización de la violencia legítima mediante la asociación política, que culmina en el concepto político de Estado en cuanto fuente última de legitimidad del poder físico; 2) la racionalización de las normas destinadas a su aplicación, que culmina en el concepto del orden jurídico legítimo» (Weber, 1994: 667). Como se puede ver, el Estado es una comunidad política donde se han impuesto plenamente los criterios de la dominación racional-legal, a diferencia de otras comunidades políticas basadas en criterios tradicionales o carismáticos.

Pero sobre lo que queremos llamar la atención es que mientras el concepto de Estado estaba perfectamente claro, no sucedía lo mismo con el concepto de nación, al cual no se le podía caracterizar con ningún atributo en particular, más allá de la noción vaga de un sentimiento específico de solidaridad frente a otros. «Se trata de un concepto que pertenece a la esfera estimativa. Sin embargo, no hay acuerdo ni sobre la forma en que han de delimitarse tales grupos ni acerca de la acción comunitaria resultante de la mencionada solidaridad» (Weber, 1994: 679).

Seguidamente, hace una labor de deconstrucción de los distintos conceptos de nación usados en la época –y aún hoy–: nación entendida como «pueblo del Estado», que no es correcta pues dentro de un Estado hay muchos grupos humanos que se consideran distintos e independientes de la «nación»; nación entendida como comunidad lingüística, que no es cierta por cuanto muchas comunidades lingüísticas pueden vivir en una nación y no se consideran «naciones separadas» pese a la diferen-

cia idiomática; nación como comunidad sanguínea, que tampoco corresponde a la verdad, por cuanto muchos extranjeros se considerarían los más nacionalistas.

Finalmente –y aquí llegamos al punto que nos interesa– después de hacer un paseo por todos estos usos del vocablo y de reconocer que queda pendiente la tarea –que no pudo continuar– de «*exponer todas las clases particulares se sentimientos de comunidad y solidaridad según las condiciones de su origen y según las consecuencias para la acción comunitaria de sus miembros*», Weber sostiene que la idea de nación está asociada con lo que él denomina *intereses de prestigio* (cursivas nuestras) de quienes defienden o dominan una comunidad determinada, los cuales a su vez se manifiestan de dos formas: la primera, a través de la leyenda de una misión providencial cuyo cumplimiento debe ser realizado por sus más *auténticos representantes*; y la segunda, mediante la creencia de que esa misión providencial sólo puede realizarse a través de la *conservación de los rasgos peculiares* del «grupo» considerado como «nación» (cursivas nuestras).

Pese a que nuestro autor no lo expresa explícitamente, estimamos que es evidente que estas dos formas de intereses de prestigio que dan sustento al sentimiento nacional se identifican con el liderazgo carismático, el primero, y con los liderazgos tradicionales, los segundos. En efecto, a quién más se puede considerar como *auténtico representante* sino al portador de una misión providencial, al caudillo agraciado con cualidades sobrenaturales, único capacitado para tener empatía con las masas en su defecto y revelarles la misión última de la nación. A su vez, la alusión a la conservación de los rasgos peculiares de la comunidad es una referencia clara al tipo de dominación tradicional, donde ya sea la los ancianos o ya sea los representantes más notables de los clanes o linajes son re-

conocidos como los únicos capaces de conocer y guardar los secretos de esa misión que da forma al espíritu nacional.

Lo que consideramos, de cualquier forma, que se revela en todo esto, es que Weber comprendía cabalmente la falsa homogeneidad que se escondía bajo el concepto de Estado-nación, y por tal razón el concepto de comunidad política (Estado) terminaba superponiéndose o reprimiendo al concepto de comunidad nacional. Esta constatación la consideramos de la mayor importancia para el análisis de los asuntos contemporáneos, por cuanto nos da la vía para comprender el «destape» de nacionalismos que se produce en el mundo a partir de la segunda mitad del siglo XX –sobre todo con los procesos de descolonización– así como en los últimos años, al calor de la globalización; «destape» que ha sido campo fértil para el florecimiento de liderazgos carismáticos.

### 3.3. Dios no ha muerto

No es de extrañar que siendo Weber uno de los autores que, siguiendo a Nietzsche, cuestiona el imperio de la racionalidad imperante en occidente –y especialmente la racionalidad con arreglo a fines– rescatando el valor que tienen las conductas emotivas e irracionales como determinantes de la acción social, le haya dado tanta importancia a las religiones en su estudio. En la *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* expuso su conocida y polémica tesis de que la creencia calvinista en la predestinación generó las condiciones adecuadas para que surgiera el espíritu de lucro sistemático indispensable para el desarrollo del sistema capitalista.

Pero las preocupaciones de Weber sobre la religión fueron mucho más allá de lo que plantea en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Uno de los capítulos más largos e importantes de *Economía y sociedad* es precisamente el que se refiere a las Comunidades Religiosas, en donde se

pone de manifiesto nuevamente su conocimiento enciclopédico. Al examinar las distintas formas de presentarse y organizarse de las religiones en el mundo y visualizar hasta qué punto determinan –y a la vez son determinadas– por las condiciones económicas, sociales y políticas de los distintos pueblos, cuestionó a la tendencia reduccionista que predominó durante el siglo XIX, de la mano de escuelas como la marxista, la anarquista y el positivismo, de ver a la religión como un estigma que conducía al atraso y como una etapa «superada» en la evolución de las sociedades.

Puede verse como una contradicción la afirmación que sostenemos aquí de que Weber rescata el valor sociológico y cultural de la religión siguiendo en este punto a Nietzsche, quien ha sido tomado como el albacea de la religión. Lo que pasa, sin embargo, es que la idea de que «Dios ha muerto» con frecuencia es descontextualizada, ignorando que el filósofo se refería básicamente al cristianismo –y hasta cierto punto al judaísmo–. No en balde, el medio que escoge Nietzsche para desarrollar una de sus principales obras es el profeta persa Zaratustra, una especie de respuesta a Jesús y a los valores de la religión cristiana.

En esta línea, la religión juega un papel importantísimo dentro de los procesos de dominación legítima (la dominación carismática, de hecho, tiene un sentido e innegables acentos religiosos). Weber no podría aceptar que la religión fuera una etapa inferior de las sociedades humanas, ya que la concebía como algo que acompañaba desde siempre a los hombres en su afán de reducir la angustia que producían la muerte y el miedo a los eventos externos y contingentes. No hay mejor mentís de que la religión se asocie necesariamente con el atraso que su tesis, precisamente, de la influencia de la ética protestante en el desarrollo del capitalismo. Tanto es así que en *Economía y sociedad* extiende la

tesis que relaciona racionalismo económico con ética religiosa más allá de las sociedades occidentales: «*Dejamos de considerar de momento el tipo de conexión causal, allí donde se da, entre la ética racional religiosa y el tipo particular de racionalismo comercial, y nos contentamos por ahora con subrayar que se puede observar una afinidad entre el racionalismo económico, por una parte, y cierta clase de religiosidad ético-rigorista, por otra, que caracterizaremos más adelante. Esta relación es sólo ocasional fuera de la sede del racionalismo económico, por lo tanto, de occidente, pero dentro de él muy clara, y tanto más cuanto más nos acercamos a los representantes clásicos del racionalismo económico*» (Weber, 1991:385). De manera que aquí ya encontramos una respuesta al problema, que está en el tapete desde hace algunos años, de la asociación entre el próspero y eficiente crecimiento capitalista en países orientales como Japón, China y Corea del Sur y la ética racionalista de religiones como el budismo, el shintoísmo y el taoísmo.

Pero no creemos que se deban encasillarse los estudios weberianos sobre la religión al aspecto de la relación entre el desarrollo del lucro y los mandatos éticos. De hecho, sólo algunas religiones – las que alcanzan un alto nivel de racionalización- desarrollan una ética y una doctrina dogmática. Son muchos los aspectos que deben examinarse –críticamente- a la luz de los actuales transformaciones que vivimos. Una cosa parece clara: Weber «descubrió» la enorme vitalidad de las religiones así como su gran diversidad, sobre la cual se sustenta en buena medida el multiculturalismo del mundo de hoy.

#### 4. La ola carismática de finales de los 70

A finales de los años 70 se producen varios acontecimientos en el mundo que nos indican claramente la revitalización de la do-

minación carismática. Mencionemos sólo algunos de los más destacados: el inicio del mandato de Margaret Thatcher en Gran Bretaña, la revolución iraní liderada por el Ayatollah Khomeini, y el triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua. Nótese que son acontecimientos de un tenor muy distinto (entre otras cosas por sus radicales diferencias de contenido en el plano cultural, social y doctrinario-ideológico) que ocurren, a su vez, en tres de los cinco continentes. Sólo la presencia del carisma nos da un hilo con el cual tejer una estrecha relación sociopolítica entre ellos.

El caso de la Thatcher es paradigmático dentro de la historia de Inglaterra: no sólo ha sido la única mujer que ha ocupado el cargo de primer ministro, sino que además fue el único jefe de gobierno que se mantuvo en el mismo por tres períodos consecutivos en el siglo XX (1979-1990), dejando cortos a líderes del prestigio de Winston Churchill. Bajo su liderazgo se inician por primera vez las políticas de privatización, como una respuesta a la crisis que vivía la economía británica. En este punto se revela el carácter revolucionario –que puede parecer extraño en este caso- de toda dominación carismática: la Dama de Hierro –como se le denominó- acabó con el predominio que habían mantenido las políticas de intervención gubernamental desde los tiempos de Franklin Delano Roosevelt y John Maynard Keynes e inauguró una nueva época, la del predominio de las políticas neoliberales.

En este sentido, el liderazgo de la Thatcher –que fue tremendamente conflictivo tanto en la esfera doméstica como en la esfera internacional- se revela como la antítesis de la burocracia. La figura del caudillo aparece aquí enfrentada al cuerpo de funcionarios del Estado, a sus intereses y privilegios, aunque no transgreda necesariamente el carácter racional-legal del mismo, ni intente imponer

criterios marcadamente arbitrarios y personalistas de toma de decisión (como ocurre, según Weber, en la dominación carismática pura), entre otras cosas, por la antiquísima tradición legal que tiene Inglaterra. Puede decirse, por otra parte, que el carisma de la Thatcher se fundamentó, en buena medida, en que resucitó una parte importante del sentimiento nacional inglés, al oponerse a varios aspectos del proceso de unificación europea. La autonomía histórica frente al continente fue fuente de la que abrevó su liderazgo, aunque al final terminaría siendo la causa de su caída.

La revolución iraní (1979), por su parte, constituyó sin duda uno de los acontecimientos de mayor importancia del siglo XX, no sólo porque alteró significativamente el escenario geopolítico regional y mundial, sino porque fue el perceptor de la expansión y potenciación de la influencia del Islam en el mundo. El Ayatollah Koimeini, líder espiritual y máxima autoridad política de la revolución, representa la fusión de los dos tipos de líderes carismáticos analizados por Weber: el guerrero y el profeta, algo muy característico de la religión musulmana desde los tiempos de Mahoma, su fundador. En cuanto dominación carismática, el proceso revolucionario iraní representó el rechazo y la reversión de los rasgos modernizadores y occidentalizantes de la monarquía iraní, encarnada en aquel momento por el Sha de Irán. Se establece aquí, por consiguiente, una situación que en otras culturas distintas de la occidental no es rara: el desplazamiento de un régimen carismático basada en la sucesión hereditaria (lo que Weber considera uno de los tipos del *carisma objetivada*, por lazos de sangre), y que había asumido algunos rasgos racional-legales, por un régimen carismático basado en la tradición religiosa del pueblo, encarnada en el Ayatollah y los otros dirigentes espirituales. El carisma del monarca fue susti-

tuido por el carisma del profeta-guerrero.

Lo que hay que destacar aquí, en todo caso, es que la revolución iraní simboliza cómo el resurgimiento del carisma está relacionado con la revitalización de los movimientos religiosos (trátese de las antiguas religiones, de desprendimientos de éstas o de nuevas creencias y profetas) y cómo éstos, a su vez, están asociados con una misión providencial de carácter nacionalista o localista.

La revolución sandinista (1978), finalmente, constituyó quizá la transformación política más significativa en América Latina al final del siglo XX, al alterar totalmente el cuadro geopolítico de la región, propiciando la inestabilidad en los países centroamericanos, dominados, por décadas, por dictaduras militares tradicionales afectas a los intereses de los Estados Unidos. El derrocamiento de Anastasio Somoza, después de una cruenta guerra civil, fue realizado por un conjunto de héroes guerreros carismáticos agrupados en el Frente Sandinista de Liberación Nacional. No se puede hablar aquí de un carisma de caudillo único, sino de un carisma compartido entre varios líderes guerrilleros, como Tomás Borge, Ernesto Cardenal (sacerdote-guerrero), Humberto Ortega y Daniel Ortega; aunque este último con el paso del tiempo adquiriría el rango de líder máximo.

El carácter carismático de la revolución nicaraguense tiene su origen en la idea de una misión providencial nacional encarnada en el legendario líder guerrillero Augusto César Sandino, quien combatió al régimen de Somoza padre en la década del 30, siendo asesinado finalmente al caer en una celada. Esta misión providencial tiene que ver con preservación de la independencia y de los rasgos culturales propios de la nación nicaraguense, que se consideraba amenazada por la alianza antipatriótica entre la oligarquía terrateniente y la potencia impe-

rial norteamericana, que había establecido virtualmente una ocupación militar. Los sandinistas articularon esta misión nacionalista con un discurso que contenía elementos democráticos y socialistas.

El elemento que más salta a la vista de este proceso es precisamente el predominio de los elementos nacionalistas-culturales por encima de los meta-ideológicos. Aunque es innegable que los sandinistas tenían veleidades socialistas, no menos cierto es que en todo momento proclamaron que su revolución era sandinista, no socialista. El elemento unificador central del proceso era la figura de un caudillo carismático nacionalista (Sandino). En este sentido, se emparenta más con la revolución iraní que con la revolución cubana o la maoísta o la rusa, enmarcadas estas últimas por las orientaciones de la doctrina marxista clásica (característica que se observa incluso en los movimientos de liberación nacional africanos y asiáticos de las décadas del 60 y el 70). En otras palabras, aunque es obvio que una parte considerable de la dirigencia sandinista tenía una formación marxista, su proyecto no estaba constituido por un solo discurso, sino más bien por una pluralidad de discursos, donde el nacionalismo —encarnado en el guerrero carismático, Sandino— servía de punto de encuentro de tesis socialistas, democrático-liberales, religiosas y populares. Una vez más, observamos aquí el quiebre de los metarelatos, aunque sea bajo la forma de un sincretismo de doctrinas.

##### 5. La ola carismática de los noventa

La ola de liderazgos carismáticos de los setenta y los ochenta va a continuar su onda expansiva en los noventa y los dos mil, en medio de un escenario internacional signado por el derrumbe del bloque socialista y la desaparición de la Unión Soviética, la acentuación de la crisis del Estado-nación, la decadencia de los grandes partidos y las grandes ideologías y el

florecimiento de viejas y nuevas religiones. Esta época no ha sido egoísta en regalarnos figuras providenciales, verbigracia: Yeltsin, Mandela, Fujimori, el subcomandante Marcos, Chávez y Osama Bin Laden, entre tantos.

La nueva pléyade de liderazgos carismáticos resalta sobremanera por su virtual prescindencia de la burocracia partidista. Es cierto que la lucha contra la burocracia es un rasgo general de toda dominación carismática moderna. Weber, de hecho, catalogaba a Theodoro Roosevelt como un liderazgo carismático que surgió en contra de la maquinaria partidista republicana; pero de ahí a romper con ésta había un paso muy grande (Weber, 1994:864). Si bien podía tener más libertades que otros de sus antecesores, Roosevelt, en el fondo, estaba preso de los funcionarios, los *boss*. Esto se explica por la sólida implantación social que tenían los partidos en esa época y por el monopolio que tenían de la función intermediadora y de agregación de intereses de los grandes grupos sociales.

Puede decirse que lo mismo pasó en general con los liderazgos carismáticos de principios y mediados del siglo XX, empezando por el propio creador de la teoría del partido profesional y líder de la revolución bolchevique, Lenin, quien, paradójicamente, con frecuencia fue arrinconado por los funcionarios de su agrupación, y quien avizó la conducta futura de Stalin, el típico jefe del aparato. De igual forma, Mussolini y Hitler, dos de los grandes líderes carismáticos del siglo, aunque en principio irrumpieron contra los criterios racional-legales, crearon y lideraron grandes y disciplinados aparatos partidistas, que les resultaban imprescindibles para movilizar a las grandes masas y lograr el control político total de la sociedad.

A diferencia de estas figuras de mediados de siglo, y de la generación carismática de los setenta y los ochenta (que en este punto pare-

cen representar una transición) la nueva generación carismática se caracteriza por su virtual independencia de los aparatos partidistas, lo cual no significa que prescindan de toda forma organizativa, obviamente. En el mejor de los casos, debido al desprestigio de los partidos, y la pérdida de capacidad para intermediar con los sectores de la sociedad, los líderes carismáticos actuales comandan movimientos sociales y políticos de nuevo tipo, generalmente poco articulados y de estructura laxa (un ejemplo en este sentido es el del subcomandante Marcos y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, que pese a su carácter militar, tiene una organización y un funcionamiento abierto y flexible).

La otra posibilidad es que constituyan organizaciones puramente electorales, que sólo funcionan para organizar las campañas y proveer los representantes a los organismos públicos, como todo indica que fue el caso de Yeltsin en Rusia, Fujimori y el Movimiento Cambio 90 en Perú y Chávez y el Movimiento Quinta República en Venezuela. De cualquier forma, puede decirse que la dependencia de estos caudillos con respecto a estas expresiones organizativas – de por sí débiles- es mucho menor que la que tenían las figuras anteriores con sus grandes aparatos. Actualmente, resumiendo, el carisma condiciona la burocracia partidista, mientras que anteriormente ésta condicionaba o amarraba al carisma.

El otro elemento que le da un carácter novedoso a la dominación carismática de los noventa es el papel determinante de la imagen. La mass media ha adquirido tal influencia que hasta las mismas cualidades sobrenaturales o sobrehumanas que caracterizan al carisma, aparecen ahora condicionadas o adaptadas al horizonte tecnológico de la comunicación y la imagen. De esta forma, las acciones heroicas de los caudillos guerreros se han trasladado paulatinamente de los campos de batalla rea-

les a los campos de batalla virtuales: en la televisión o en Internet los caudillos realizan «proezas» que les resultan más efectivas y menos costosas que las que libaban antaño.

Una demostración de esto es la actuación de Hugo Chávez el 4 de febrero de 1992, cuando su intento de golpe de estado, preparado por mucho tiempo, resultó derrotado militarmente, pero él logró una victoria política cuando, al rendirse, dio un mensaje televisivo de apenas un minuto que sedujo a millones de personas. Más ilustrativo aún es el caso de los zapatistas y su máximo líder, quienes desde hace varios años mantienen en vilo a México y al mundo sin prácticamente haber disparado una bala: sus «combates» son acciones simbólicas que concitan la atención de toda la opinión pública, como la marcha que organizaron a Ciudad de México al poco tiempo de asumir el presidente Fox, o los eventos internacionales donde participan destacados intelectuales del mundo, difundidos por los medios de comunicación de masas y por Internet.

Pero no sólo los caudillos guerreros realizan hazañas mediáticas. También los profetas de la Nueva Era se destacan por el hábil uso de las nuevas tecnologías de la comunicación. Billy Graham en Estados Unidos, y el Reverendo Moon en Corea del Sur –entre otros- se han convertido en dueños de imperios comunicacionales, a través de los cuales realizan sus milagros y curaciones, que constituyen la base del carisma religioso. No en balde Moon, jefe de la Iglesia de la Unificación, ha afirmado incluso «*La publicidad ha logrado más que todos los batallones que soportaron el «equilibrio del terror» en la Guerra Fría*» (El Nacional, 21-2-01). En fin, ya se trate de caudillos guerreros o de profetas, el dominio carismático se está construyendo actualmente a partir de lo simbólico y lo comunicacional.

## Bibliografía

- ARDITT, Benjamín (2000): *El reverso de la diferencia. Identidad y política*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas.
- BAUDRILLARD, Jean (1993): *La ilusión del fin*, Editorial Anagrama, Barcelona —DRUCKER, Peter (1989): *Las nuevas realidades*, Editorial Norma, Bogotá.
- GELLNER, Ernest (1994): *Postmodernismo, razón y religión*, Ediciones Paidós, Barcelona.
- GRAMSCI, Antonio (1975): *Cuadernos de la cárcel: Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*, Juan Pablo Editor, México.
- MATO, Daniel (1995): *Crítica de la modernidad, globalización y construcción de identidades*, Ediciones UCV, Caracas.
- NIETZSCHE, Friedrich (2000): *Así habló Zaratustra*, Alianza Editorial, Madrid.
- WEBER, Max (1991): *Escritos políticos*, Alianza Editorial, Madrid, 1991.
- WEBER, Max (1994): *Economía y Sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México.

## Fidel Canelón F.

Político, UCV. Magíster en Ciencia Política, USB. Profesor Asistente, Escuela de Estudios Internacionales, UCV, en las cátedras Introducción a la Política e Historia del Pensamiento Político. Doctorando en Ciencias Sociales.

E-Mail:  
fcanel@cantv.net

Fecha de recepción:  
Octubre 2003

Fecha de aceptación definitiva:  
Febrero 2004